

La autobiografía, la escritura de sí del ser vivo, la huella del ser vivo para sí, el ser para sí, la auto-afección o la auto-infección como memoria o archivo de lo vivo sería un movimiento inmunitario (por consiguiente un movimiento de salvación, de salvamento y de redención de lo salvo, de lo santo, de lo inmune, de lo indemne, de la desnudez virginal e intacta) pero un movimiento inmunitario siempre amenazado de tornarse auto-inmunitario, como todo *autos*, toda ipseidad, todo movimiento automático, automóvil, autónomo, auto-referencial. Nada corre el riesgo de resultar tan emponzoñador como una autobiografía, emponzoñador para sí, en primer lugar, auto-infeccioso para el presunto firmante así auto-afectado.

Ecce animote, decía yo antes de este largo rodeo. Para no herir los oídos [franceses] demasiado sensibles a la ortografía o a la gramática, no repetiré demasiado a menudo esta palabra, el animote. Lo

haré a veces, pero os pido que lo sustituyáis en silencio cada vez que, a partir de ahora, yo diga el animal o los animales. Con la quimera de esta palabra singular, el *animot*, el *animote*, mezcla tres partes heterogéneas en el mismo cuerpo verbal.

1. Querría dar a entender el plural de animales en el singular: no hay el Animal en singular general, separado del hombre por un solo límite indivisible. Es preciso afrontar que hay unos «seres vivos» cuya pluralidad no se deja reunir en la sola figura de la animalidad simplemente opuesta a la humanidad. No se trata, evidentemente, de ignorar o borrar todo lo que separa a los hombres de los otros animales y de reconstruir un único gran conjunto, un único gran árbol genealógico fundamentalmente homogéneo y continuo del animote al *Homo* (*faber*, *sapiens* o qué sé yo cuántos más). Sería una tontería y una tontería aún mayor sospechar que, aquí, alguien lo hiciese. No dedicaré un segundo de más, por lo tanto, a la doble tontería de esta sospecha aunque, por desgracia, esté bastante extendida. Sería preciso, repito, más bien tener en cuenta una multiplicidad de límites y de estructuras heterogéneas: entre los no-humanos, y separados de los no-humanos, hay una multiplicidad inmensa de otros seres vivos que no se dejan en ningún caso homogeneizar, excepto por violencia y desconocimiento interesado, bajo la categoría de lo que se denomina el animal o la animalidad en general. Enseguida hay animales y, digamos, el animote. La confusión de todos los seres vivos no humanos bajo la categoría común y general del animal no es solamente una falta contra la exigencia de pensamiento, la vigilancia o la lucidez, la autoridad de la experiencia, es también un crimen: no un crimen contra la animalidad, precisamente, sino un primer crimen contra los animales, contra *unos* animales. ¿Deberíamos aceptar que se dijese que cualquier asesinato, cualquier transgresión del «No matarás» sólo puede referirse al hombre (pregunta por venir) y que, en suma, no hay más crimen que «contra la humanidad»?

2. El sufijo *mot(e)* en el «animot(e)» debería retrotraernos a la palabra, incluso a la palabra denominada nombre. Abre a la experiencia referencial de la cosa *como tal*, como lo que ésta es en su ser y, por consiguiente, a esa apuesta por donde siempre se ha querido hacer pasar el límite, el único e indivisible límite que separaría al hombre del animal, a saber, la palabra, el lenguaje nominal de la palabra, la voz que nombra y que nombra la cosa *en cuanto tal*, tal y como aparece en su ser (momento heideggeriano de la demostración que nos espera). El animal estaría en última instancia privado de la palabra, de esa palabra que se denomina nombre.

3. No se trataría de «restituir la palabra» a los animales sino quizá de acceder a un pensamiento, por quimérico o fabuloso que sea, que piense de otro modo la ausencia del nombre o de la palabra; y de otra manera que como una privación.

Ecce animote, éste es el anuncio cuya huella, en cierto modo, rastro, a título del animal autográfico, en respuesta aventurada, fabulosa o quimérica a la pregunta «Pero yo ¿quién soy?» que he apostado por tratar como la pregunta del animal autobiográfico. Este título, él mismo un poco quimérico, sorprende quizás. Conjuga *dos veces dos* alianzas tan inesperadas como irrecusables.

Por una parte, nos hace pensar —en el modo familiar de la conversación coloquial, de la sugerencia que jugaría ingeniosamente con el idioma— que, efectivamente, entre los hombres, los escritores o los filósofos hay quienes, por carácter, sienten inclinación por la autobiografía, el sentido o el deseo irresistible de la autobiografía. Diríamos: «Es un animal autobiográfico», lo mismo que se dice: «Es un animal de teatro», un animal de trofeo, un animal político, no en el sentido en que se ha podido definir al hombre como animal político sino en el sentido del individuo que tiene el gusto, el talento, la obsesión compulsiva por la política: aquél que ama la política y le gusta dedicarse a ella. Y lo hace bien. En este sentido, el animal autobiográfico sería esa clase de hombre o de mujer que elige o que no puede evitar ceder, por carácter, a la confianza autobiográfica. Aquel o aquella que se sienten a gusto *en* la autobiografía. Y en la historia de la literatura o de la filosofía, por sugerirlo de manera sumaria, hay «animales autobiográficos», más autobiográficos que otros, animales de autobiografía: antes Montaigne que Malherbe y antes Rousseau, los líricos y los románticos, Proust y Gide, Virginia Wolf, Gertrude Stein, Celan, Bataille, Genet, Duras, Cixous, pero también (siendo el asunto más raro y complicado, en su estructura, del lado de la filosofía) antes Agustín y Descartes que Spinoza y antes Kierkegaard, en el juego de tantos seudónimos, que Hegel, antes Nietzsche que Marx —y, al ponerse las cosas realmente demasiado complicadas (es precisamente nuestro tema), prefiero detener aquí la lista de los ejemplos—. Con los problemas que plantea, esta connotación del animal autobiográfico debe ciertamente seguir estando presente, lateralmente, en nuestra reflexión. Pesará en ella con todo su peso virtual.

Pero, *por otra parte*, no es en este empleo de la expresión «animal autobiográfico» en el que pensaba en último lugar y para llegar al fondo del asunto, si es que lo hay. Resulta que, entre la palabra «yo» y la palabra «animal», hay toda clase de cruces significativos. Son a la vez funcionales y referenciales, gramaticales y semánticos. Dos sin-

gulares generales, en primer lugar: el «yo» y el «animal», designan en singular, precedidos de un artículo definido, una generalidad indeterminada. El «yo» es cualquiera, «yo» soy cualquiera y cualquiera debe poder decir «yo» para referirse a sí mismo, a su propia singularidad. Quienquiera que dice «yo» o se aprehende o se plantea como «yo» es un ser vivo animal. Por otra parte, la animalidad, la vida del ser vivo, al menos cuando se pretende poder distinguirla de lo inorgánico, de lo puramente físico-químico inerte o cadavérico, se la define normalmente como sensibilidad, irritabilidad y auto-motricidad, espontaneidad apta para moverse, para organizarse y afectarse ella misma, para marcarse ella misma, trazarse y afectarse con huellas de sí. Esta auto-motricidad como auto-afección y relación consigo, antes incluso de la temática discursiva de un enunciado o de un *ego cogito*, incluso de un *cogito ergo sum*, es el carácter que se le reconoce al ser vivo y a la animalidad en general.

Pero entre esta relación consigo mismo (este Sí, esta ipseidad) y el «yo» del «yo pienso» hay, al parecer, un abismo.

Los problemas, como era de esperar, comienzan ahí. ¡Y vaya problemas! Pero empiezan ahí donde se le otorga a la esencia del ser vivo, al animal en general, esta aptitud para *ser él mismo*, esta aptitud para ser sí mismo y, por lo tanto, esta aptitud para ser capaz de afectarse a sí mismo, con su propio movimiento, de afectarse con huellas de sí mismo vivo y, por lo tanto, de autobiografarse, de alguna manera. Nadie ha negado nunca al animal ese poder de rastrearse o de trazarse o de volver a trazar un camino de sí. En realidad, el lugar más complicado del problema es que se le haya negado el poder de transformar esas huellas en lenguaje verbal, de interpelarse con preguntas y respuestas discursivas; que se le haya negado el poder de borrar sus huellas (como hará Lacan con todo lo que eso supone y sobre lo cual volveremos). En el cruce de estas dos singularidades generales, el animal (el animote) y el «yo», los «yoes», volvemos a ese lugar donde, en una lengua [en francés, por ejemplo], un «yo» dice «yo». Singularmente y en general. Eso puede ser cualquiera, vosotros o yo. ¿Qué ocurre entonces? ¿Cómo puedo decir «yo» y qué hago entonces? Y, en primer lugar, yo ¿qué soy yo y quién soy yo?

«Yo»: al decir «yo», el firmante de una autobiografía pretendería señalarse con el dedo, presentarse en el presente (déictico, *sui-referencial*) en su verdad completamente desnuda. Y en la verdad desnuda, si la hay, de su diferencia sexual, de todas sus diferencias sexuales. Expongo mi desnudez sin pudor, diría aquél, nombrándose y respondiendo de su nombre. Podemos dudar de la posibilidad de esta prenda, de esta apuesta, de este deseo o de esta promesa de

desnudez. La desnudez sigue siendo quizás insostenible. ¿Y puedo mostrarme finalmente desnudo a la vista de lo que ellos llaman con el nombre de animal? ¿Debería mostrarme desnudo cuando me mira y me concierne ese ser vivo que ellos llaman con el nombre común, general y singular de animal? De ahora en adelante, reflexiono sobre la misma cuestión y la reflejo introduciendo en ella un espejo; traigo una psique, un espejo a la habitación. Ahí donde alguna escena autobiográfica se organiza, hace falta una psique, un espejo que me refleje desnudo de pies a cabeza. La misma cuestión se convertiría entonces en: ¿debería mostrarme pero, al hacerlo, verme desnudo (por lo tanto reflejar mi imagen en un espejo), cuando me mira y me concierne ese ser vivo, ese gato que puede estar apresado en el mismo espejo? ¿Hay un narcisismo animal? ¿Pero ese gato no puede también ser, desde el fondo de sus ojos, mi primer espejo?

El animal en general ¿qué es? ¿Qué quiere decir eso? ¿Quién es? ¿A qué corresponde «eso»? ¿A quién? ¿Quién responde a quién? ¿Quién responde al nombre común, general y singular de lo que ellos denominan así tranquilamente el «animal»? ¿Quién responde? La referencia de lo que me concierne y me mira en nombre del animal, lo que se dice entonces en nombre del animal cuando se recurre al nombre del animal: es lo que se trataría de exponer al desnudo, en la desnudez o el desamparo de quien dice, abriendo la página de una autobiografía, «he aquí quien soy».

«Pero yo ¿quién soy?»

[... ..]